

# Informar sobre y en medio de la guerra

PATRICIA NIETO

*La confrontación armada, la guerra, es el gran tema de información en Colombia hoy. La intensidad—dada por la cantidad de eventos, la crueldad de los mismos, y los efectos que producen en la economía nacional—hace que la guerra tenga un lugar de privilegio en las agendas informativas. La confrontación armada toca hoy todos los escenarios de la vida pública y privada de los colombianos. ¿Cómo informar sobre ese conflicto?*

La transformación del conflicto político colombiano hacia una confrontación armada, caracterizada por la fragmentación del territorio, la difusa identidad de los actores y el uso del terror en cada evento del conflicto, ha implicado la aparición de un nuevo escenario para el ejercicio del periodismo.

Hasta hace quince años, cuando se rompieron los diálogos entre el gobierno del Presidente Belisario Betancur y las guerrillas, los periodistas colombianos informaban sobre un país conflictivo social y políticamente que era posible recorrer, reconocer y narrar como una comunidad todavía vinculada por precarios lazos regionales, políticos, religiosos. Desde entonces, desde cuando el Proceso de paz terminó con la toma del Palacio de Justicia, los conflictos políticos y sociales siguieron su curso sin amarras. Cubiertos por el manto del narcotráfico, y su estela de corrupción, derivaron en una confrontación armada—con tintes de guerra irregular— que determina la vida de todos los colombianos.

La confrontación armada—los territorios que delimita, los actores que legitima, los eventos que la mantienen viva— es el proceso que hoy cubre a todo el país y a todos

los ciudadanos colombianos. Puede reconocerse, dolorosamente, que la guerra es hoy el gran vínculo entre los colombianos, un pueblo que en doscientos años de vida independiente no ha logrado la unificación de la Nación.

Es pues la confrontación armada, la guerra, el gran tema de información en Colombia hoy. La intensidad—dada por la cantidad de eventos, la crueldad de los mismos, y los efectos que producen en la economía nacional— hace que la guerra tenga un lugar de privilegio en las agendas informativas. La confrontación armada toca hoy todos los escenarios de la vida pública y privada de los colombianos.

Los medios de información son quizá la única fuente de conocimiento que tienen los colombianos sobre su país. Colombia es la que existe en las pantallas, en las primeras páginas y en la voz de los locutores de radio porque la posibilidad de movilización de los habitantes está reducida a los límites de su ciudad.

La responsabilidad de los periodistas colombianos es reconstruir la realidad de un país atravesado de Sur a Norte y de Oriente a Occidente por la guerra. La responsabilidad de los perio-

distas colombianos es informar sobre este país en medio de una guerra que les impide recorrer el territorio, conocer las fuentes de información y entender los acontecimientos que deben convertir en noticia. Esto quiere decir que la irregularidad del conflicto funciona como un lente difusor que impide al periodista reconocer datos elementales de una información como dónde, quiénes, qué.

El territorio nacional — caracterizado por la existencia de regiones geográficas, culturales y étnicas— es ahora sumatoria de fragmentos delimitados por las murallas invisibles propias de la guerra donde prevalece un orden particular impuesto por alguno de los ejércitos. Llegar al lugar de los hechos, valiéndose del derecho a la libre movilización, es hoy un acto suicida.

Los actores del conflicto armado —guerrilleros, paramilitares, militares coimplicados entre sí y relacionados con grandes grupos delincuenciales— son las fuentes de información del periodismo colombiano. Al calor del combate, estos guerreros, dan partes de guerra a través de las emisiones en directo. Confrontar las versiones sobre un hecho es hoy un acto heroico. Frente a la imposibilidad de la contrastación, aparece la

población civil como blanco de la prensa. Los campesinos horrorizados por los actos de barbarie, acosados con el llanto y por miedo, aparecen en la televisión ofreciendo versiones delirantes de los hechos.

Los eventos de la guerra —tomas a poblaciones, masacres, voladuras de infraestructura, secuestro— son los hechos noticiosos más importantes en Colombia. Se presentan con una frecuencia y una simultaneidad tan asombrosa que ningún medio de comunicación logra registrarlos todos, y de aquellos que logra dar cuenta presenta una reconstrucción basada en tergiversaciones producto de los múltiples obstáculos que es necesario superar para llegar a los escenarios, a las fuentes y al conocimiento del hecho.

Este panorama nos lleva a una gran pregunta: ¿Cómo informar sobre un país marcado por una confrontación armada irregular?. De este interrogante podemos deducir algunos que están más cerca de la actividad diaria de un reportero: 1. ¿Si el periodista no puede llegar al lugar de los hechos por su cuenta, debe llegar guiado, orientado y custodiado por alguno de los ejércitos? 2. ¿Una vez en el lugar de los hechos, cuáles criterios deben guiar la elección de las fuentes, ya

sabemos que allí manda uno de los combatientes y que la extensión de la guerra hacia la población civil hace que ya los habitantes, atemorizados, no puedan dar una versión auténtica de los hechos? 3. En el escenario los periodistas se enfrentan a un evento de guerra conformado por múltiples hechos confusos y no encuentra las fuentes apropiadas para reconstruirlo en un texto informativo honesto. ¿Cuáles criterios deben guiar la conversión de los hechos en un texto noticioso honesto?.

Estos son algunos de los interrogantes que expresan la confusión frente al ser y el hacer de los periodistas colombianos. Confusión que se traduce en materiales informativos descontextualizados, parcializados, imprecisos y fragmentados que llegan a los receptores y producen en ellos efectos paralizantes de su condición de personas y de ciudadanos.

Creo, que ahora más que nunca, la prensa colombiana necesita mirarse desde afuera y someterse al escrutinio de otros ojos. Compartir estas preguntas permitiría, a través de la comparación, encontrar caminos para comenzar a responder, de nuevo y en otro contexto, el qué y el cómo de nuestro oficio.